

treinta y siete revolucion; y eso por haber tenido la desgracia de volver á encontrar la pesadilla de S. M. el rey Fernando.

Esto prueba que hay en Nápoles otra cosa peor todavía que los gettatores.

Y son los espías.

## XIX

## LA POSADA DE SANTA AGUEDA

Era cosa hecha : debia yo abandonar á Nápoles, el sueño concluido, la vision iba á volar á los cielos. Os confieso, mis queridos lectores, que cuando vi desaparecer á Capodi-chino á mi izquierda y el Campo de Marte á mi derecha cuando tendido en los almohadones de mi carruaje me puse á considerar tristemente que segun todas las probabilidades humanas, y gracias sobre todo á la bondadosa proteccion del marqués de Soval y á la ilustrada justicia del rey Fernando, no veria ya mas aquellas maravillas, mi corazon se oprimió con un sentimiento de indescible angustia, lágrimas asomaron á mis párpados, y me acordé á mi pesar del melancólico proverbio italiano :  
« Ver á Nápoles y morir. »

Alejándome de aquel país encantado, experimentaba, pues, algo semejante á lo que debe pasar en el alma del desterrado al dar el último adiós á su patria. Si, yo me habia apasionado, tierna, simpática y piadosamente de aquella tierra estrangera, que Dios, en su predileccion, ha colmado de sus beneficios y riquezas; de esa muelle é indolente favorita cuya vida entera es una fiesta, cuya única idea es la felicidad; de esa ingrata y voluptuosa sirena que se adormece arrullada por las olas y se despierta con el canto del ruiseñor, y á quien el ruiseñor y las olas repiten con su dulce lenguaje un eterno ritornelo de alegría y amor, y traducen en su divina armonía las palabras del Señor: « Para tí, mi muy amada, mis mas ricas alfombras de verdura y de flores; para tí mi mas hermoso dosel de oro y azul; para tí mis mas frescos y limpidos manantiales; para tí mis perfumes mas puros y suaves; para tí mis tesoros de armonía; para tí mis torrentes de luz. » ¡Ay! ¿Por qué el hombre, ese esclavo envidioso y estéril, se goza en destruir por todas partes la obra de Dios? ¿Por qué todo paraíso terrestre ha de ocultar una serpiente?

Absorto en estas ideas un tanto lúgubres, inclinaba la cabeza sobre mi pecho, y me engolfaba en las reflexiones de mi imaginacion. Jadin roncaba á mi lado con el sueño de los justos, con la diferencia, sin embargo, de que la trompeta de los arcángeles no le hubiera despertado. Habia lanzado su última maldicion á los aduaneros de S. M. siciliana, habia escupido al pasar por la puerta de la ciudad á guisa de adiós, y se habia dormido como un hombre á quien no le exige mas su conciencia. Quise asegurarme de si mis sentimientos exaltados habian turbado el reposo de mi camarada. Esperé á que diésemos dos ó tres vaivenes de los mas fuertes; Jadin sufrió la prueba sin pestañear; hubiera sufrido la prueba de un cañonazo disparado al oído. Entonces cerré los ojos á mi vez, y repasé en mi imagina-

cion todos aquellos risueños cuadros que habia admirado por primera y última vez en mi vida. No sé cuanto tiempo duró mi meditacion ó mi sueño, no sé cuántas horas permanecí en ese aletargamiento del alma que no es la vigilia, pero tampoco el sueño; lo que sé muy bien y de lo que me acuerdo, á Dios gracias, con una gran precision en los detalles, es que salí bruscamente de él por un accidente sobrevenido á nuestro carruaje. El eje se habia roto y estábamos en una charca.

Esta vez Jadin se habia despertado, no por su caída, como pudiera creerse, sino por el frescor del agua que habia penetrado sus ropas interiores, y juraba con toda la indignacion de su alma y toda la fuerza de sus pulmones. Serian las tres; el camino estaba desierto; el postillon se habia ido á pedir auxilio.

Cuando digo que el camino estaba desierto, me engaño, porque al volver la vista á la izquierda, vi cerca de nosotros una especie de pequeño lazzaroni de doce á trece años; con el pelo crespo, la tez tostada, iluminado por los reflejos del sol, con los ojos negros como el azabache, labios rojos como el coral, y dientes blancos como perlas. Estaba orgullosamente ataviado con harapos que hubieran dado envidia á Murillo, y nos miraba con un aire inteligente y reflexivo, sin dignarse tendernos la mano ni para ayudarnos ni para pedirnos limosna. En un país donde la desnudez casi completa es privilegio del méndigo y del lazzaroni, y donde todo hombre del pueblo, cualesquiera que sean sus vecindades, no se acerca jamás al estrangero sin creerse con el derecho de poner su bolsa á contribucion, aquel lujo de andrajos y aquel desdeñoso silencio no dejaron de causarme alguna admiracion.

— ¿Dónde estamos? le pregunté saltando por encima de la rueda que estaba tendida en medio del camino.

— En *Santa Agata di Gotì*, respondió el pequeño salvaje sin desarreglar un pliegue de su raro atavio.

— ¡Pardiez! dijo Jadin, esto es cosa de godos y visigodos, ¿no veis que estamos en Africa? He ahí el verdadero color local, ó no entiendo nada de ello.

El pequeño campesino fijó su mirada en Jadin como para adivinar el sentido de sus palabras y frunció el entrecejo con aspecto de desconfianza y sospecha, creyéndose sin duda ofendido por aquellas breves palabras pronunciadas ante él en un idioma desconocido. Me apresuré á calmar la susceptibilidad del jóven habitante de Santa Agata, haciéndole comprender como pude que Jadin se admiraba ante la calidad de su cutis y la originalidad de su traje.

No se engañó el niño con mi bondadosa traduccion, y se contentó con responder encogiéndose de hombros, que si los hombres de su país estaban bronceados por el sol, las mujeres eran allí mas blancas y mas lindas que en ninguna parte, y que si él y sus hermanos no tenían mas que harapos por vestidos, era para que sus hermanas llevasen sayas bordadas y corpiños con galones de oro.

Estas palabras fueron dichas con un tono tan sencillo que me reconcilié al punto con la indolencia y la miseria del pequeño lazzaroni.

— ¿Hay una posada, una cabaña, una pocilga en esta maldita aldea? preguntó Jadin sirviéndose en esta ocasion del lenguaje del pueblo napolitano, en el cual habia hecho en los últimos tiempos rápidos progresos.

— *C'e una superba locanda*, respondió el niño mirando á Jadin con una singular espresion de malicia.

— Pues bien, hijo mio, le dije, si nos llevas á esa *superba locanda* aqui tienes una pieza de seis carlinos por tu trabajo.

— Yo no soy un méndigo, respondió el jóven de los harapos, lanzándome una mirada de altivez increíble.

Pasaba de admiracion en admiracion. Un niño de la última clase del pueblo napolitano, cuyo exterior presen-

taba la desnudez mas completa, rehusar medio duro, era una cosa de tal modo fabulosa, que no dando crédito á mis oidos, me volví hácia Jadin para asegurarme si habia oído mal.

— ¡Cómo, pícaro! ¿no quieres nuestro dinero? dijo Jadin mostrándole la moneda que tomó de mis manos.

— No la he ganado, respondió el pequeño aldeano con su estoicismo habitual.

— Te engañas, hijo mio, repliqué á mi vez, no te ofrecemos esta cantidad como limosna, sino para pagarte un servicio que vas á hacernos llevándonos á un alojamiento.

— No soy guia, respondió el extraño muchacho con la mas imperturbable sangre fria.

— ¡Y bien! ¿cuál es, pues, la posicion de vuestra señoría? preguntó Jadin llevando respetuosamente la mano á su sombrero.

— ¿Mi posicion?... mirar los carruages que pasan y los viagaros que caen.

— ¡Eh! ¿qué os parece, Jadin?

— Me parece magnifico, y quiero hosquejar la cabeza á este bribon.

Como hemos dicho, el descendiente de los godos no era demasiado fuerte en francés. Creyó que Jadin le amenazaba con cortarle la cabeza. Su cólera, largo tiempo contenida, estalló con furor. Rechinó los dientes como un tigre herido, sacó de debajo de sus harapos un largo puñal de hoja triangular, y se alejó lentamente retrocediendo hácia atrás, fijando en Jadin sus salvages pupilas que despedían rayos. Su intencion evidente era atraer á su adversario lejos del camino real, á algun sitio mas desierto ó mas sombrío, para consumar tranquilamente su venganza.

— Espera, espera, ladronzuelo, exclamó Jadin riendo, voy á enseñarte á usar armas prohibidas. Y dió un paso para lanzarse en su persecucion.

Pero en el mismo instante el postillon volvió á aparecer seguido de cinco ó seis aldeanos de Santa Agata, unos mas tostados que los otros; y el pequeño salvaje viendo llegar gente, ocultó inmediatamente su puñal; y se echó á correr.

Levantaron el carruage, examinaron los desperfectos y adquirimos la triste conviccion de que no podíamos ponernos en camino antes de la noche. Comunicué al postillon nuestro singular encuentro, y le pedí algunas noticias acerca del admirable personage que acababa de huir á su aproximacion. El postillon sonrió y por toda respuesta se tocó dos ó tres veces su frente con el extremo de su indice. Como no comprendia yo aquella pantomima, le supliqué se esplicase mas claramente. Entonces me contó que aquel tunantuelo á quien habíamos tomado por un negro, no tenia nada de africano, y que debíamos admirarnos de sus modales, porque estaba un poco loco, como los demas individuos de la familia.

— ¡Pero, con mil demonios! exclamó Jadin exasperado con aquellas detenciones, ¿podré por fin, encontrar una posada donde secar mis vestidos?

— ¡Calle! en efecto, replicó el postillo examinándole con curiosidad, su escelencia ha caido del lado del arroyo.

La *locanda* estaba á dos pasos de allí. He abusado tan frecuentemente de la paciencia de mis lectores hablándoles de las posadas de Italia, que ahora puedo remitirles á las descripciones, precedentes. Unicamente añadiré que la posada de Santa Agata sobrepuja en porquería á todas las que he descrito hasta aquí. Esta horrible ladronera se llama, me parece, la *nobile locanda del Sole*.

Mandó Jadin encender un gran fuego, y se puso de modo que se secara bien, estando calado hasta los huesos. Yo salí á la aventura ocupado en saber como emplearia las tres ó cuatro horas mortales que debian tardar en arreglar nuestro carruage. De comer, no habia que pensar en

ello. Como pensábamos detenernos tan solo en Mola di Gaëta, no llevábamos provisiones, y por su parte el posadero de Santa Agata se apresuró á poner á nuestra disposicion su cocina y sus utensilios; pero como se comprenderá, á esto se limitaban sus ofertas culinarias; cosas que llevar á la boca no habia que hablar de ellas. Tomé la primera vereda que se me presentó decidido á matar el tiempo recorriendo el campo. Habria andado la octava parte de una milla, cuando al dar vuelta á un matoral me encontré de manos á boca con mi salvaje. Se calentaba tranquilamente al sol, y no hizo movimiento alguno ni para alejarse ni para acercarse á mí.

— ¡Y bien! hijo mio, le dije acercándome á él como un antiguo conocimiento, os habeis equivocado respecto á las intenciones de mi camarada. No queria haceros daño alguno. Solo que como encontraba vuestra cabeza muy notable, se hubiera alegrado de hacer vuestro retrato.

— ¡Cómo, era un pintor! exclamó el muchacho sorprendido.

— Ciertamente, ¿qué hay en eso que os admire?

— ¡Era un pintor! repetia el pequeño aldeano como hablando consigo mismo.

— Pues yo tambien soy pintor, exclamó el infeliz muchacho con un aspecto exaltado, *sou pittore anch'io*, ó mas bien lo seré, porque todavia soy demasiado jóven para tener una profesion.

— Pues bien, querido, ya veis que no os habeis mostrado muy amable con un colega, y si hubiese sido en pais civilizado, hubiese podido creerse que os conociais.

— ¡Ah! perdonadme, caballero; ¿si hubiese podido adivinar que érais artistas, porque vos sois artista tambien, no es cierto, escelencia?

— Artista..... sí, sí..... casi.

— Si yo hubiera podido creer eso, en lugar de haberos dejado saquear en esa vil posada, os hubiera llevado á casa de mi abuelo, que tambien es pintor, ó mejor dicho lo ha sido, porque ahora es ya muy viejo para tener una profesion.

— Todavía estamos á tiempo, hijo mio.

— Teneis razon, caballero, dijo el futuro pintor dando algunos pasos en direccion de la *locanda*. Pero despues mudó al parecer y repentinamente de modo de pensar, y volviéndose hácia mí con cierto embarazo :

— He pensado, dijo, que acaso seria mejor pasarnos sin vuestro amigo.

— ¿Y por qué?

— ¡Qué diantre! le gusta reirse por lo que he visto, y podria tener algun disgusto con mi abuelo, porque en nuestra familia no hay ninguno sufrido. En cuanto á vos es otra cosa..... vos no os habeis burlado mucho de mis andrajos, y creo que con un poco de buena voluntad por ambas partes podriamos entendernos.

— Es cosa convenida, mi pequeño Giotto; y mientras vais perdiendo esa prevencion respecto á mi amigo, me aprovecharé solo de la hospitalidad que teneis á bien ofrerm.

— Y no lo sentireis, os lo aseguro. En primer lugar, vais á ver á mis tres hermanos, tres mozos los mas robustos y hermosos de la provincia : el mayor es viñador, el segundo pescador, el tercero guarda de soto.

— Tendré á mucha honra conocerlos.

— Despues mis tres hermanas, Tres Madonas.

— Manto mejor, mi querido huésped.

— Y por último.....

— ¡Cómo! ¿todavía mas?

— Por último, repitió el aldeano bajando la voz y mirando en derredor de sí con aire misterioso, vereis tres

cuadros, tres maravillas; y podreis enorgulleceros de haber conseguido un triunfo si lograis que mi abuelo os los enseñe.

— Escitais atrozmente mi curiosidad.

— Si, pero es preciso saberse conducir, porque, mirad, mi abuelo tiene en mas sus cuadros que á todos sus hijos; veria á mis tres hermanos desnucarse, ahogarse á mis tres hermanas, y no daria un grito, no derramaria una lágrima! yo mismo, que soy el preferido entre los demas, porque llevo su nombre y acaso seré un día como él, me habia de tragar un oso ó habia de caer en el fondo de un precipicio, y se desconsolaria muy poco; pero si sucediese un fracaso á alguno de sus cuadros, creo que moriria de repente, ó al menos que perderia la razon.

— Comprendo esa pasion de artista y de anticuario; mas ¿qué debo hacer para merecer la simpatía de vuestro respetable abuelo?

— En primer lugar es preciso no exagerar el mérito de sus cuadros, porque creeria que queriais comprarlos, y en este caso haria que os plantaran en la calle.

— Tranquilizaos; hablaré mal de ellos.

— Guardaos de hacerlo, se pondria furioso, y acaso le entrasen ganas de haceros arrojar por el balcon.

— ¡Diablo, diablo! Entonces no diré nada acerca de ellos.

— Ya os he dicho, caballero, que mi abuelo es un anciano, y es preciso dispensarle algo, replicó el pequeño lazzaroni con un tono grave y sentencioso que contrastaba singularmente con su condicion y su edad. En seguida, como si se hubiese fastidiado de representar un papel demasiado serio, echó á andar prorumpiendo en una estrepitosa carcajada, y atravesó en cuatro saltos la distancia que nos separaba del sendero que debiamos tomar para llegar al rústico taller del anciano pintor de Santa Agata. Seguí

con algun trabajo á mi guia, que corria delante de mí como un corzo, saltando fosos y vallados, brincando torrentes y matorrales, sin que nada pudiese detener su carrera.

En el momento en que pasábamos bajo uno de esos emparrados tan comunes en Italia, levantó el niño la cabeza y me enseñó con el dedo un mancebo de hermosa presencia, de veinte á veinte y cinco años, que estaba graciosamente inclinado al extremo de una larga escalera, y cortaba sarmientos con una podadera corva que llaman en el pais *roncillo*.

— Buenos dias, Vito, dijo alegremente el muchachuelo moviendo la escalera.

— Buenos dias, perillan, respondió el personaje aéreo sin interrumpir su trabajo.

— Es mi hermano el viñador, dijo mi guia con un sentimiento de orgullo, y volvió á emprender su carrera.

Un poco mas lejos, se detuvo de nuevo orillas de un pequeño rio que atraviesa el camino. Un jóven muy moreno y robusto estaba sentado en la orilla, con las piernas desnudas y colgando, los brazos estendidos, y el cuerpo echado adelante; con una mano echaba cal viva para enturbiar la corriente, y con la otra movia el agua con una vara. Era imposible pasar por delante de aquel hombre sin admirarle. Era una de esas naturalezas ricas y poderosas que Miguel Angel hubiera deseado encontrar para modelo.

— Buenos dias, Andrés, dijo el futuro artista dándole una palmada en el hombro, ¿cuántas truchas tendremos esta tarde?

— Buenos dias, gloton, respondió el hombre de la pértiga.

— No hagais caso, caballero, este es mi hermano el pescador.

En fin, casi llegábamos á la puerta de una casita blanca y muy pintoresca, la cual me habia indicado de

lejos como el término de nuestra correria artistica cuando encontramos al tercer aldeano, mas notable por su estatura y su buena fisonomia que los otros dos, aunque á decir verdad, no fuese su traje menos descuidado que el de sus hermanos. El único lujo que se permitia, era una escopeta inglesa que llevaba á la espalda.

— Buenos dias, Orso, exclamó el niño mimado de la familia saltándole al cuello.

— Buenos dias, gran pícaro, exclamó Orso volviéndole sus caricias.

— Este es mi hermano el cazador, dijo mi precoz Rafael con un tono de triunfo.

Y sin dejarme tiempo de decir una palabra, me cogió inmediatamente por la mano, y me llevó á uno de esos patios pequeños italianos que tanto se parecen á un *impluvium*, embaldosado de un mosaico grosero y cubierto con un verde emparrado. Subimos por una escalera al descubierto cuyos escalones estaban tapizados de musgos y esmaltados con esas grandes y bellas flores en las que la devocion napolitana ha descubierto todos los emblemas de la pasion, y nos encontramos en una sala bastante espaciosa, alta de techo, ventilada, con mucha luz, que debia ser la pieza de recepcion y de aparato. Allí mi pequeño negro, el de los vistosos harapos, me presentó tres doncellas que se habian levantado al aproximarnos, y se reunian formando un grupo, tímidas y confusas. La mas jóven no tenia todavía quince años, y la mayor tenia veinte escasos. Su belleza y la frescura de su tez me dejaron atónito. Nada mas gracioso y encantador que sus flotantes faldas y sus corpiños estrechos y bordados de filigrana. Se hubiera dicho, sin que hubiera exageracion poética, que eran tres rosas blancas en el mismo rosal.

— Ved aqui mis hermanas, caballero; creo que no os he mentado al decir que en nada se me parecian ni en el color ni en el traje. Esta se llama Concetta, esta otra Nun-

ziata, y esta Assunta, los tres nombres mas hermosos de la Virgen. Y á cada nombre que pronunciaba, el diablillo imprimia un beso en la ruborizada frente de aquella de sus hermanas á quien queria designar.

— Y ahora, dijo, subamos al taller de mi abuelo.

## XX

## LOS HEREDEROS DE UN GRANDE HOMBRE.

Seguí á mi jóven guía con toda la docilidad que exigian las circunstancias, mas, lo confieso, no sin echar una mirada de admiracion y de pesar al encantador grupo de que tan pronto debia separarme. Atravesamos dos pequeñas habitaciones cuyo mueblage consistia únicamente en cuatro montones de maiz hacinados en los rincones, y cuya tapicería, compuesta de ristras de ajos y cebollas, se olia media legua á la redonda; despues una cocina cuyo techo se inclinaba con el peso de las hojas de tocino y las cuelgas de *salami*, y por último, un corredor con muy poca luz, á cuyo extremo encontramos una escalera de madera mas

pendiente é incómoda que una escala. Mi guía la saltó en dos brincos, y se detuvo en una reducida meseta embaldosada de color rojo y negro, la cual no era bastante ancha para poder estar los dos. Llegado que hubimos allí, acercó el oído á la puerta, aplicó el ojo á la cerradura, y dió tres golpecitos, despues de hacerme seña con la mano de que escuchara y me callase.

Al principio oí al anciano gruñir sordamente como un lebrele cuyo sueño es interrumpido repentinamente por una visita importuna. El muchacho me miró sonriendo como para darme ánimo, movió la cabeza como hombre acostumbrado á semejante recibimiento, y que sabia perfectamente que si la cólera del anciano era fácil de escitar, bastaban algunas palabras para desarmarla. En efecto, sus gruñidos se apaciguaron al punto y fueron seguidos de un ruido de sillas que eran movidas, y por el crugir de una puerta interior que se cerraba con doble vuelta de llave. Despues se aproximaron lentamente los pasos, y una voz clara y firme, en que se descubria sin embargo un resto de ira, preguntó: — ¿Quién va?

— Soy yo, abuelito mio, abrid.

La voz se dulcificó y el anciano puso la mano en la llave.

— ¿Vienes tú solo? preguntó despues de un instante de reflexion.

— Vengo con un caballero que desea visitar vuestro estudio.

— Vete al diablo, pícaro vago, exclamó furioso el anciano pintor; ¿es otro chalan que has recogido en el camino real, y que viene con la intencion de comprarme mis obras maestras?

— Os juro que no, abuelo mio.

— Entonces es algun palurdo de Santa Agata que quiere con sus tontunas y horricadas hacerme ofender á Dios.

— Todavía menos, abuelito; ¿creeis que vuestro pequeño Salvador sea capaz de causaros un pesar?

— ¡Hem! ¡hem! murmuró el anciano vacilando en su resolucion, ¿pues quién viene contigo?

— Es un artista extranjero que no tiene un cuarto para comprar vuestros cuadros, pero en cambio tiene bastante tiempo para escuchar vuestra historia.

— ¡Ah! ¡ah! es un colega; exclamó alegremente el buen hombre y pasando rápidamente de la cólera á la alegría, desechó la llave.

Yo quise protestar por un resto de escrúpulo, pero el niño me hizo seña de que me callara llevándose el indice á los labios.

Se abrió la puerta, y me encontré frente á una de las cabezas mas hermosas de anciano que he visto jamás. Una abundante cabellera blanca sombreaba su frente ancha y sin arrugas, sus facciones eran tranquilas y serenas y su sonrisa tenia algo de afectuoso y la bondad que contrastaba mucho con el tono áspero que afectaba tomar en las grandes ocasiones para desembarazarse de los importunos. Llevaba una especie de hábito cuyo capuchon caia sobre sus espaldas, y cuyo primitivo color habia desaparecido bajo las diferentes capas de grasa y de pintura que le habian cubierto sucesivamente. Por lo demas el mayor desorden reinaba en el taller á pesar de la prisa con que el buen hombre habia colocado algunos objetos que estorbaban notablemente el paso. Habia una intrincada confusion de útiles de labrador é instrumentos de pintor; guadañas, azadones y rastrillos se apoyaban en caballetes, tientos, escaleras; lienzos, cartones, bocetos, estaban bajo un monton de cuerdas, de cestas y regaderas; habia cajas de colores llenas de semillas; frascos de esencia, cuellos de botellas rotas, servian de vaso al tallo de una flor; pinceles, brochas y paletas se ostentaban graciosamente sobre cucharas de madera y moldes de queso. Un alegre rayo de sol penetraba débilmente á través de aquella estraña confusion, y depositaba en un lado una diadema de diamantes



en la frente de una madona puesta en su marco, en el otro acariciaba las raíces de una pobre planta olvidada y marchita, y reflejaba mas allá en una olla de cobre reluciente como el oro.

El anciano me observó silencioso durante dos ó tres minutos, sin duda para juzgar despues del efecto que produciria en mí la vista de su pandemonium. Pero cuando vió que lejos de estrañarme aquella estravagancia que hubiese irritado los nervios de un ciudadano, contemplaba, por el contrario, todo con el mas vivo interés, se volvió vivamente hácia su nieto y le dijo con aire satisfecho :

— Bien, hijo mio, no me has engañado, este caballero es un digno y escelente extrangero, y siempre que sea tan pobre como es sensato.....

— Tranquilizaos, mi querido huésped, repliqué á mi vez, no tengo un óbolo que gastar en cuadros; y aunque fuese mas rico que un nabab, comprendo que hay ciertos objetos que no se ceden por el oro.

— Entonces sed bien venido, exclamó el anciano pintor con toda la espresion de su alma, y me tendió una mano callosa que me apresuré á apretar entre las mias. Sed mil veces bien venido, mi huésped y colega. ¡Dios sea loado! vos no trateis de loco á un pobre anciano porque tiene en mas sus cuadros que la vida. Y cuando hayais visto esos cuadros, cuando hayais sabido como los posee mi familia hace doscientos años, no os admirareis de oirme decir que primero consentiria pedir limosna yo y mis hijos, que dejarme arrebatar mi tesoro. Veis á nosotros, pobres aldeanos, caballero, pero somos los herederos de un grande hombre; y para guardar dignamente esa herencia sagrada, siempre ha habido en nuestra familia un pintor, bueno, mediano ó malo, el que no pudiendo ganar su vida por su arte sin abandonar nuestra aldea, ha preferido permanecer fiel con su puesto de guarda y labrador, trabajando de dia en el campo, de noche en el taller, y manejando con la

misma mano el azadon y los pinceles. Mi pobre hijo, el padre de todos esos muchachos que acaso habreis visto, se ha muerto de pena. Era mejor pintor que yo, pero yo he sido mejor viñador que él; le he sobrevivido para educar á nuestra familia. Pero Dios ha dispuesto las cosas perfectamente, y nos ha enviado bastantes hijos para hacer cómodamente la parte del trabajo y del estudio. Tengo tres nietecillos que son los mejores mozos de Santa Agata, no teniendo cada uno de ellos igual en su oficio. En cuanto á este pequeño vagabundo, añadió el buen hombre dándole suavemente un golpecito en la megilla, le destino á la pintura, y no carece de disposicion. Por de pronto le he dado el nombre de Salvator : este es tambien mi nombre, bien pronto sabreis la causa de eso.

— ¡Y bien! caballero, interrumpió el pequeño Salvator, impaciente ya por haber permanecido tanto tiempo en el mismo sitio, heos aquí en buenas relaciones con mi abuelito, va á referiros su historia, ó mas bien la historia de sus cuadros. Con eso teneis para media hora larga. Como ya la conozco, por haberla oído contar tres veces lo menos cada dia, os dejo y voy á ver como va la comida. Mi hermano el grande nos traerá caza, el pescador nos dará carpas y anguilas, y el viñador no se olvidará de la fruta; mis tres hermanitas guisan de un modo capaz de tentar á los ángeles del paraiso; en cuanto á vuestro servidor, en mi cualidad de grande hombre en ciernes, cómo por seis; pero en atencion á las circunstancias y para honrar á nuestro huésped, serviré á la mesa. Pero si quisieseis pedir un favor á mi abuelito...

— Vamos, vamos, déjanos, hablador, exclamó bruscammente el anciano pintor.

— Si quisieseis, caballero, continuó el picaruelo sin desconcertarse, conseguirme el permiso de ponerme vestido de dia de fiesta...

— Para hacerlo girones, bribon...

— Pero, abuelo, exclamó el pequeño Salvator casi llorando, mirad como estoy. ¿ Puedo acercarme á una mesa de personas decentes ataviado de este modo? Es bastante para que este caballero no quiera tocar á la comida.

— Ve á mudarte, tunantuelo, y á ver si conseguimos que te quites de delante.

Mi sinceridad de historiador me obliga á hacer una confesion, por grande que sea el esfuerzo que cueste á mi amistad. Todo lo que veia y oia me parecia tan nuevo, tan extraño y sin embargo tan sencillo, que habia olvidado completamente á Jadin; á Jadin, con quien hasta entonces habia repartido como hermano mis placeres y mis penas, mis impresiones suaves y penosas, mi buena y mi mala fortuna; Jadin, á quien habia dejado; á Jadin, á quien habia dejado en la horrible zahurda que sabeis, casi en la posicion de Ugolin, añadiendo Milord, apartando los cadáveres de sus hijos. Sí, le habia olvidado!

Pero debo decirlo en honor mio : á la sola idea de convite, me acordé de mi amigo, y aproximándome al oido del pequeño Salvator, le dije en voz baja :

— Tengo que daros mil gracias por vuestra buena hospitalidad ; sin embargo, debo deciros que no aceptaré la comida que me ofrecéis si no á condicion de que mi camarada tambien la disfrutará. Acordaos que está padeciendo, parte por vuestra falta, en esa horrible caverna á donde nos habeis enviado. Bien puede pasarse sin admirar vuestros cuadros, puesto que tal es vuestra voluntad, pero yo no puedo sin ser criminal, sin tener remordimientos, dejarle morir allí de hambre, mientras yo nado aquí en la abundancia.

— Perded cuidado ; no soy tan picaro como aparento : vuestro amigo disfrutará su parte del festin. Pero como se ha burlado demasiado de mis andrajos, sé le servirá en la *nobile locanda del Sole*.

Y sin escuchar mas, dió precipitadamente la vuelta sobre los talones.

— ¡ Al fin, dijo el anciano respirando, nos deja quietos! Venid, venid, señor forastero, mis obras maestras os esperan.

— A vuestra disposicion, signor pittore, le respondí inclinándome.

Entonces cerró la puerta por donde habia yo entrado, separó suavemente un antiguo tapiz que ocultaba una segunda puerta interior, la que habiamos oido cerrar á nuestra llegada, sacó, una llave de su bolsillo, abrió esta segunda puerta y me hizo pasar á una segunda habitacioncita de una arquitectura sencilla y severa, que por todo mueblage tenia dos sillas y un armario.

— ¡ Hola! mi querido huésped, le dije sentándome sin cumplidos, esta habitacion que me enseñais es una verdadera capilla, y empiezo á creer que bien pueden ser reliquias vuestros cuadros.

— Me recordais, caballero, todas las persecuciones que me he atraido por mi persistencia en guardar mis obras maestras. Unas veces se me ha tratado de loco, otras de egoista, algunas de hechicero, y aun en ocasiones de santo. Y todo, os lo repito, porque he rodeado á estos cuadros de una especie de culto, porque jamás he podido decidirme á venderlos á los judíos ó enseñarlos á los tontos. He visto pasar á los habitantes de Santa Agata de la curiosidad al deseo, y del deseo á la supersticion. ¿ Podreis creer que han llegado hasta pretender que debia prestarles mis cuadros para sanar á los hidrójicos y exorcizar á los endemoniados?

Una tarde, hace de esto mucho tiempo, la mujer de un vecino mio estaba de parto y sufría dolores atroces. Yo lo siento, pobre mujer, ¿ pero tenia yo la culpa de que no pudiera parir? ; Pues bien! ; no dijo á sus parientes y conocidos que viniesen á pedirme uno de mis cuadros! ; de mis cuadros! caballero. Y no tardareis en ver que en mis tres